

L. POLO, *Las organizaciones primarias y las empresas. Primera sección*, Cuadernos empresa y humanismo, n° 99, Instituto Empresa y Humanismo, Pamplona 2007, 114 pp., 16,5 x 24, ISSN 978-1139-8698.

—, *Las organizaciones primarias y las empresas. Segunda sección*, Cuadernos empresa y humanismo, n° 100, Instituto Empresa y Humanismo, Pamplona 2007, 148 pp., 16,5 x 24, ISSN 1139-8698.

Las páginas que se publican en estos cuadernos fueron escritas por primera vez en el comienzo de los años 70. Juan A. García ha llevado a cabo una excelente edición y ha escrito la *Presentación*. El texto de Leonardo Polo está dividido en dos partes para conservar la extensión acostumbrada en esta colección. La primera parte incluye la presentación citada y la primera parte del texto, dedicada especialmente a determinar nuestra situación histórica, con los problemas que hemos heredado, su relevancia antropológica y los desafíos que suponen para el futuro del hombre. La *Presentación* ofrece la explicación histórica del origen del texto e incluye un breve estudio analítico de su contenido, en el que se señala su carácter propedéutico respecto de las obras maduras del autor y las líneas fundamentales de la antropología que las guían. La segunda parte, ligeramente más extensa, afronta la explicación de la libertad humana en el seno de la cultura contemporánea en confrontación con las soluciones insuficientes que se ofrecen en el panorama social y filosófico.

La lectura de estas páginas polianas ofrece el raro placer de asistir al nacimiento, a la primera formulación y al conocimiento del contexto inmediato de un pensamiento extraordinariamente profundo y fértil. Participamos así en el deslumbramiento del que encuentra una perspectiva original que presenta un camino abierto donde se creía que sólo cabían problemas, dificultades y aporías. El título general es bastante explícito: *Las organizaciones primarias y las empresas*. Es de lo que habla. Pero esa ocasión da pie a presentar los temas claves de la antropología, ya que la libertad preside cada una de las explicaciones y es, en el fondo, lo que se trata de explicar: una libertad a la altura del hombre.

De la primera sección quisiera destacar dos temas relevantes: el progreso y la organización social. El progreso con sentido es aquel que supone un perfeccionamiento humano. Por eso la transformación de la naturaleza debe ponerse al servicio de la potenciación del interés humano en su propia mejora. Polo piensa que hay que dar por fracasada toda organización basada en una explicación insuficiente de la libertad, porque al resultar reduccionista el hombre seguirá sintiendo en sus entrañas el desgarramiento entre la insuficiencia en la que está instalado y el ansia infinita en la que se expresa la dignidad humana. Polo lo plantea res-

pecto a la sociedad de consumo: «La sociedad de consumo ha desvelado como rasgo fundamental del hombre la imposibilidad de prescindir de su dignidad. Puede ir en contra de ella, puede sentirse frustrado, pero no puede quitársela como algo superfluo, o como un vestido. El hombre tiende a la dignidad y si se le quita por un lado la busca por otro [...] El hombre no puede prescindir del ascenso; la dignidad del hombre se cifra en lo que se llama la gloria. Ahora bien, la gloria del hombre es imposible si no es criatura, o si se lo debe todo a sí mismo. Si el hombre no tiene un origen distinto y superior a él no puede subir hasta la gloria porque la gloria pertenece a su origen. Pero si el hombre tiene un origen distinto de él, su intimidad no es un vacío. Y como la ascensión no presupone vacío, tampoco es la construcción de un espacio. Hay organizaciones humanas no espaciales, sino de gestiones encomendadas» (p. 105).

La segunda sección se abre con la formulación del concepto de persona desde el punto de vista tanto del ser como apertura de un ámbito íntimo, que es consecuentemente también libertad, y también desde el punto de vista de la acción. «La persona es capaz de un modo de actividad que cabe llamar efusión. La efusión es una expansión no determinada por una necesidad previa, y por lo tanto, *otorgada*. El otorgamiento nos pone ante la mirada la libertad personal, su peculiar apertura. La persona es libre en tanto que es capaz de dar sin perder o aniquilarse; precisamente por ser en intimidad, la persona es también en liberalidad. Por ello mismo, la persona interviene, aporta, añade. La liberalidad es, de este modo, la libertad como suscitación de lo nuevo» (p. 19). No es casualidad que Juan A. García haya elegido este texto para encabezar su presentación.

De ahí se deducen no pocas consecuencias para la organización social: «Ningún sistema puede suplir a la fuerza creadora de la libertad; ninguna previsión técnico formal del futuro es válida ante la perenne renovación de las aportaciones personales» (p. 20). Desde este punto de vista, cabría calificar esta posición como liberal, pero seguramente este concepto es excesivamente débil para expresar lo que quiere decir el autor. Ciertamente es un liberal porque nada puede sustituir la fuerza de la libertad humana. Pero, a la vez, la libertad se da junto a las demás libertades, ninguna juega en solitario. Ser libre es socializar(se), si por eso se entiende el esfuerzo de convertir en relevante cada una de las libertades personales. «Es preciso socializar la decisión, en el sentido de que nadie sea excluido de ella. Socializar significa extender el concurso; es una tarea de promoción y de respeto encaminada a incrementar el comportamiento personal en todos los hombres» (p. 20). De ahí surge una orientación de la acción hacia el respeto. Y se ilumina una defensa sin paliativos de la libertad religiosa ajena a todo laicismo: «El derecho a buscar a Dios es [...] irrenunciable.

Según este derecho el hombre pone en juego la totalidad, todavía poseída sólo en esperanza, de su ser. Y en este poner en juego una totalidad distendida hasta el infinito, la organización del tiempo es posible. La organización del tiempo es la libertad moral. La moral surge en la destinación» (p. 22). Sólo la moral permite ganar tiempo y organizar la vida humana, por eso no debe postergarse de ningún modo.

De este modo se acierta a señalar la clave de la vida social en la amistad. «La generosidad no puede, por más que sea el único modo de establecer la relación entre la persona y la sociedad, imponerse desde ninguna instancia humana, porque tal intento la transforma en un puro convencionalismo. No puede ser de otra manera si la generosidad es la relación de la persona con la sociedad. La generosidad no es técnicamente exigible [...] La sociedad humana es esencialmente deteriorable. [...] El deterioro de la sociedad no tiene remedio instrumental» (p. 44). Así se revela la insuficiencia de cualquier tecnocracia, la insignificancia de un sistema de recompensas en términos de medios económicos y la insustituibilidad del crecimiento personal, de la familia y de la amistad personal.

La consecuencia inmediata es una profunda comprensión del querer humano: «cuando quiero no solamente me refiero a lo que quiero: también me acepto a mí mismo [...] En el querer el yo está inexorablemente complicado. Lo que llamamos primera persona no está, respecto del querer, como causa *previa* que efectúa el acto: *está en* el terreno del querer; se está poniendo en el querer según el querer mismo. [...] Antes de producirse la decisión no existe de ninguna manera, por lo cual tampoco se puede conocer previamente. Se aprende a decidir decidiendo» (p. 114). Vale la pena insistir en esta explicación del querer humano. «Cuando yo quiero, algo nuevo ha tenido lugar: y yo mismo estoy en lo nuevo [...] En cuanto novedad, querer significa querer lo otro: no el ser, sino que lo otro esté en el ser, y por eso le deja sitio y no se ingiere ni entromete. [...] El querer exhibe su intencionalidad peculiar: la intención de otro. La novedad del querer es su altura, su exaltación: en este sentido *puede crecer*. Cuanto más se quiere más sitio se deja a lo otro. La indicación de la tendencia es doble: para tender a lo otro la novedad del querer ha de ser también una tendencia [...] El complemento directo del querer, su intencionalidad, no es solamente lo querido, sino *quiero más*, salvo si lo querido es fijo [...] Si la novedad del querer no es fija, no dada como una cantidad finita, sino desbordante, lo otro como determinación tampoco es finito o particular. El querer es novedad creciente y no predeterminada» (p. 116).

Por esta razón, las virtudes, en cuanto crecimiento de la voluntad misma, resultan imprescindibles. Se decide libremente para que se produzcan las conse-

cuencias sin las que no podríamos vivir, pero a la vez se decide con la esperanza de aprender a decidir y querer cada vez mejor. Por eso la justicia juega un papel central en la vida social, aunque ella sola no baste para expresar la dignidad de la persona: es preciso cultivar igualmente la piedad, el reconocimiento de la imposibilidad de aportar en la misma medida en que nos ha sido dado (cfr. p. 127) y la gloria, «que indica su sentido ascensional, esto es, la excelencia, la intrínseca superioridad de un fin. La tendencia del hombre señala a lo otro como a aquello que en definitiva le supera y merece incondicionada estima. Sin la estima de lo alto la tendencia humana se desvía de su culminación» (p. 128).

Este análisis y profundización no está al servicio de una terapia social. Ciertamente sirve para pronunciar un diagnóstico, no demasiado complaciente: «Estamos atascados en casi todos los campos. [...] Hemos descuidado la organización del tiempo humano: padecemos un déficit de libertad ética; la abundancia de medios nos ha hecho perder de vista los fines; abocamos de inmediato a la especificación, a la determinación, y acortamos el ámbito del sentido de la vida humana; reducimos los hábitos al aprendizaje» (p. 130), y establecer los términos de la posible respuesta: «las esperanzas sólo valen para agentes responsables» (p. 131).

Léase la aplicación concreta que esta visión del hombre tiene en la comprensión de la empresa y la sociedad en la que se inserte: «la cuestión se cifra en la infrautilización de las energías humanas, porque si ello acontece la empresa traiciona su esencia. [...] Sería peligroso decidir estabilizar la técnica en su modalidad actual porque conlleva un gasto que nuestro planeta no sufragará a largo plazo. [...] Establecer que el mando social en su estricta dimensión funcional es la exclusiva de unos pocos, o que entre las aptitudes necesarias para hacerse cargo de la gestión de los asuntos y la capacidad media existe una diferencia infranqueable es pura y llanamente una imposibilidad [...] ¿qué significado podría tener la aportación de medios incomprensibles para la inmensa mayoría? ¿Para quién serían? ¿O hay que atiborrar a la gente de juguetes y chucherías? Cualquier trabajo humano ha de ser susceptible de ejercicio ético. Todos los hombres, dice Tomás de Aquino, se deben mutuamente honor porque cada uno de ellos es superior en algún aspecto a todos los demás [...] Si el único baremo es la diferencia intelectual y a ella se vincula el mismo funcionamiento de la red (y viceversa) la desolación moral es inevitable. Inútil crueldad es construir un mundo no participable. [...] La técnica no debe superar al hombre. Filtrar la investigación aplicada y fomentar la ciencia teórica (el cultivo del saber es imprescindible; su uso pragmático ha de ser razonable), acomodar las tareas a las habilidades desiguales con las oportunas diversificaciones, es una parte de la responsabilidad empresarial. Es conveniente al respecto multiplicar

las empresas, acotar los tipos de trabajo y aumentar las conexiones entre ellos, la complementariedad recíproca» (pp. 133-134).

Se trata ciertamente de un texto de casi cuarenta años de antigüedad que conserva todo su vigor y resulta plenamente actual; incluso ahora el diagnóstico es tristemente certero. «Sólo cabe alcanzar el fin en común» (p. 145). Una publicación sencilla para una doctrina de largo alcance, que será muy útil tanto para la antropología como para desarrollar otro estilo de pensar las realidades sociales, a la altura de las exigencias de la época contemporánea.

Enrique R. MOROS

PROFESORES DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, *Dios es amor. Comentarios a la Encíclica de Benedicto XVI «Deus caritas est»*, Universidad Pontificia, Salamanca 2007, 326 pp., 12 x 15, ISBN 978-84-7299-750-9.

Los profesores de Salamanca han preparado una guía para la lectura de la primera encíclica de Benedicto XVI. «Como evocando sus años de magisterio teológico —comenta José-Román Flecha en la presentación—, el Papa ha querido volver a lo esencial de la vida cristiana, que es Dios. El Dios que es amor. El Dios al que parece ignorar la cultura secular. El Dios que se ha revelado en Jesucristo» (p. 9). También monseñor Ricardo Blázquez indica que tal vez se trata de «una encíclica programática» (cfr. pp. 14-17). Gonzalo Tejerina, profesor de teología fundamental, nos ofrece una exposición clara sobre la estructura de la encíclica, que divide en una antropología y teología del amor (nn. 1-18), una «eclesiología de la caridad» (nn. 19-25) y una conclusión: «contemplar la caridad en los santos y en María» (nn. 40-41). En cuanto al método, sostiene Tejerina que Benedicto XVI elabora una «antropología normativa del amor» en la que intenta integrar eros y ágape, a la vez que propone una «apología del ágape cristiano, frente a las impugnaciones que representa Nietzsche». Pero esta apología y antropología sólo tiene su razón de ser en una «teo-logía del amor», que tiene a su vez sus inevitables consecuencias en la «espiritualidad del amor» y en la mencionada «eclesiología de la caridad» (cfr. pp. 42-43).

En lo que se refiere a la antropología del amor, la profesora Fernández Beites escribe sobre «Amor en cuerpo y alma: eros a la luz del ágape». «El concepto de amor que intenta transmitir la encíclica nos obliga a introducirnos de nuevo en el problema mente-cuerpo» (p. 45), que ahora se aborda desde una perspectiva filosófica y fenomenológica. No se trata tan sólo de renunciar a un ya felizmente superado dualismo antropológico, sino también de evitar que el cuerpo renuncie al alma, y el eros al ágape, sostiene. «La idea de fondo que pro-